

PRESENTACIÓN DE MANUEL VICENT

Salón de actos del IES Avempace. Marzo de 2011. 12:30 horas

Señor director, señor Vicent, autoridades de la DGA, Simeón, compañeros, profesores y alumnos...

Buenos días a todos.

Hoy tengo el privilegio de presentar aquí, en este marco, a un grandísimo escritor valenciano, Manuel Vicent (Vilavieja, Castellón, 1936), con una dilatada e importantísima producción literaria a sus espaldas, un creador sobradamente conocido que ha ganado múltiples galardones y obtiene cada día, con sus artículos y novelas —alguna de las cuales ha sido llevada al cine— el aplauso del público. Como es sobradamente reconocido, nacional e internacionalmente, no voy a decir más obviedades que las precisas para contextualizarlo ante vosotros mínimamente, dado el carácter escolar de esta visita.

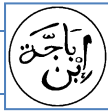
La obra de Vicent abarca muchos géneros: el artículo periodístico, el libro de viajes, la novela, el relato corto..., y en todos se ha manifestado como un maestro absoluto de la palabra. Su producción es continua e inagotable. Su ritmo creativo no cesa por lo



menos desde los años sesenta, cuando publicó su primera novela, *Pascua y naranjas*, con la que ganó el premio Alfaguara, en 1966. Es un escritor de dedicación total al oficio, de tiempo completo y, como él mismo ha dicho en alguna ocasión, siempre está buscando historias, la vida es para él un tiempo de vivencia y a la vez de escritura, hasta identificar, fusionar casi, lo uno con lo otro.

Yo creo que de esa dedicación tan apasionada y absorbente a la literatura, de ese célebre perfeccionismo expresivo de Vicent viene también otra nota suya muy característica y bien reconocible: el hedonismo, esa ironía socarrona que sobrenada en sus escritos, la pose agnóstica de *bon vivant* que adopta de continuo y que, en el fondo, tiene un algo de descanso del guerrero, de reposo del soldado que busca el Grial deslumbrante de la Belleza Absoluta. Y es que, como Baroja, Manuel Vicent predica la abulia, el derecho a la pereza, *l'art de vivre*, pero después de todo es un trabajador infatigable. Un proletario de la literatura. Un eterno condenado a galeradas.

Vicent está a favor del placer y del goce, del vitalismo sin culpa, de la sensualidad. Es agnóstico, escritor embriagado por el sensualismo, por la luz del Mediterráneo, el panteísmo místico del mar, el despertar a la vida de los sentidos. Estilista depuradísimo, es el escritor de los olores, los colores, los sabores... Se caracteriza por

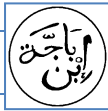


su distanciamiento, su actitud escéptica, su barroquismo expresivo lleno de imágenes deslumbrantes.

Le enfadan la estupidez humana, los abusos de los tiburones financieros, la degradación urbana del litoral, la especulación inmobiliaria, la hipocresía religiosa... Critica con furia al Vaticano, a los políticos y salvapatrias, a los omnipresentes medios de comunicación social... En fin, a todos aquellos que viven de especular o de decir a los otros qué tienen que hacer o cómo deben pensar.

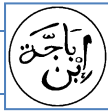
Vicent desdeña el monoteísmo obsesivo de las grandes religiones en favor de un Olimpo politeísta poblado de dioses y ambrosías, en el que caben la heterosexualidad, la homosexualidad, la bisexualidad, la trisexualidad... Vamos, todo aquello que suene a liberación, a expresión personal. Él defiende una religión luminosa, del placer sin culpa.

Si Vicent fuera Dios, nos diría "Bienvenidos al Paraíso, pasen y disfruten de las huríes del Edén, de la música de Mozart, de las pinturas de Matisse, de Tiziano, de Caravaggio, de Goya y de Picasso. Aquí viajarán por los canales de Venecia y las alturas de Machu Pichu, navegarán por las llanuras luminosas del Mediterráneo, alternarán con Brigitte Bardot a ritmo de jazz, se despertarán en el *Metropolitan*



de Nueva York y se acostarán en *l'Opéra* o en el *Café Flore* de París. Y apreciarán las delicias del cuscús, las sepias a la plancha, una paellita regada con un buen vino blanco o una comida china...

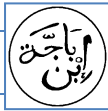
En Vicent no hay pecado, sí vitalidad, *joie de vivre*, *élan vital*. Manuel Vicent es un escritor que hace ya mucho tiempo que halló su camino literario. Un uso exacto de la palabra, plasticidad descriptiva, metáforas audaces, una mirada inteligente sobre la realidad, llena de ironía, de mordacidad. El distanciamiento socarrón de un agnóstico con estilo ducal. Y con estos mimbres nos ha dado páginas magistrales en sus novelas, columnas absolutamente perfectas. Es el gran maestro actual del columnismo hispánico. En Vicent todo es cosmopolitismo, pero a la vez todo emana de su experiencia nacionalcatólica, de esa educación represiva controlada por la Iglesia y el franquismo de la que se fue librando en ese viaje a la Malvarrosa a medida que también se iba librando del acné, a medida que el adolescente se iba transformando en un joven contestario. El sexo, el viaje, la lectura y la escritura, el sentido crítico y ese intenso sentimiento panteísta del Mediterráneo le hicieron nacer a una nueva forma de vivir, que en su caso es también una manera personal de escribir.



Manuel, un joven de diecisiete años, que es más o menos la edad que tenéis vosotros, el protagonista de *Tranvía a la Malvarrosa*, el libro que habéis leído, tuvo que sacudirse de encima aquel mundo casoso del nacionalcatolicismo, en el que uno pecaba casi sin intención y vivía entre penitencias y arrepentimientos. Él buscó su salvación a su manera, su camino. Y vosotros pues también tendréis que buscar el vuestro. Cogeréis también vuestro tranvía. Bueno, el de ahora es más posmoderno que el de la España de los cincuenta. A lo mejor, nosotros, los hijos y nietos del 68, los que crecimos oponiéndonos a Franco, os vamos a dejar un país con libertad y democracia, y todo eso de la Santa Transición, pero vosotros podéis quejaros del paro, el mileurismo, la jubilación a los setenta mil años... En fin, que cada generación tiene su viaje y el vuestro todavía está por hacer.

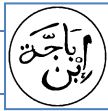
Voy a terminar ya estas palabras introductorias, citando un brillante prólogo que Manuel Rivas, muy talentoso escritor, escribió para *Nadie muere la víspera*, que es un libro donde Vicent recoge algunas de sus mejores columnas publicadas en el diario *El País*. Ahí dice Rivas:

"De ser una palabra, me gustaría caer en manos de Manuel Vicent. Por muy raída que estuviese, por muy abollada, aunque



fuese una palabra desterrada, una piltrafa de palabra, un adjetivo a saldo en una valla publicitaria, un sustantivo borracho, un adverbio de tiempo comido por los celos, fuera quien fuese, incluso la palabra nada, que es una palabra que no tiene dientes y envidia a la brizna. Si yo fuese una palabra derrotada o victoriosa, oxidada o luminosa, pisoteada o erizada, una palabra hecha de madera o de plástico o de melancolía, una puta palabra o una palabra como Dios manda, me gustaría que pasara por allí Manuel Vicent. No sé si me haría inmortal, pero me daría la vida."

"Ésa es la primera sensación. El movimiento que se va a producir es de libertad. La palabra potro ha huido del establo y corre hacia la hierba fresca. Manuel Vicent escribe liberando las palabras de las cámaras frigoríficas, de las mazmorras, de los escaparates, de las cintas transportadoras, de los estuches, de las granjas de engorde, de la taxidermia. Hay palabras cojas, con disparos en los tobillos. Palabras con la boca desgarrada por un anzuelo. Palabras descabelladas. Si yo fuera la palabra payaso o la palabra virgen. Si yo fuera una palabra herida, hambrienta, o una palabra a secas, si yo fuese una palabra bailando con otra palabra, me gustaría vivir en un texto de Manuel Vicent."



Solo me queda añadir que si yo fuera escritor, no me importaría nada parecerme, un poquito al menos, a Manuel Vicent. Pero como uno pertenece a la subespecie de los plumíferos, que no es lo mismo, suborden *Cavalleria profesoralis, quasi plumbeum, ma non troppo*, mejor será que cese ya la obertura y comience la sinfonía.

O dicho de otro modo, calle el profesor y diga sus palabras el autor.

